

SAMPLE
TRANSLATION

MARUŠA KRESE
TODAS MIS NAVIDADES

PUBLISHED BY: MLADINSKA KNJIGA 2006

TRANSLATED BY: SANTIAGO MARTÍN

ORIGINAL TITLE: VSI MOJI BOŽIČI

NUMBER OF PAGES: 110

Maruša Krese: Todas mis Navidades

**

Todas mis Navidades, toda mi vida

De hecho podría haber muerto ya. Por lo menos, eso dicen. Camino por las calles de Berlín. Brillan los escaparates como si las tiendas por última vez abrieran, como si mañana fuera el fin del mundo, como si la gente nunca hubiera comprado nada. Lágrimas corren por mi rostro. Todas mis Navidades, toda mi vida, todos mis niños, todas las noches que he pasado haciendo bizcocho y preparando regalos. Toda la alegría de los regalos, todo ese pequeño dolor al abrirlos, la espera a la luz de las velas del árbol de Navidad y todas las preguntas con la mirada clavada en el vacío: ¿Y ahora qué?

Estoy sola en Berlín. Debería hacer un viaje hacia los míos, a una distancia de más de mil kilómetros: No quiero volver. Una vez quise estar por fin sola.

**

Galletas, té y velas

Casi no veo a la niña por la cantidad de nieve que ha caído. “¿Ana! ¿Ana!”, grito. Y Ana quería a toda costa salir a pasear, ¿Dios sabrá por qué cuando hacen treinta o cuarenta grados menos cero!

Vivimos en la ciudad de Iowa, al lado del río Iowa, en el estado de Iowa. Vivimos en una casa en lo alto de una colina, la única, digamos a unas trescientas o tal vez mil millas a la redonda. También tenemos el peral más alto. Por lo menos de la ciudad de Iowa. El propietario de la casa es un hombre mayor, demócrata por convicción. El día de las elecciones nos trajo pescado fresco. “Por las fiestas y por el gobierno democrático”, dijo. Lamentablemente la victoria fue para Nixon, Ana es vegetariana, yo nunca suelo comer pescado y el Poeta no sabe prepararlo.

Dios mío, ¿dónde estoy! Corro tras de Ana por la nieve. Ana lleva un abrigo de piel de conejo que mi madre se lo compró en Ljubljana; y yo un abrigo del Ejército de Salvación de Chicago. Estoy deseando de volver a Ljubljana para enseñárselo a alguien. Sobre Vietnam caen bombas, yo hago galletas para colgarlas en el árbol de Navidad y para regalarlas. Desde otoño

tengo mucha mermelada. Me ha empezado a doler la cabeza y los médicos aún no han descubierto la causa pero sí me han inflado con inyecciones de morfina, o sea, he perdido el concepto de la dimensión, por lo menos en cuanto a los tarros de mermelada. Probablemente también para otras cosas, sólo que se nota más con la mermelada. Ahora también puedo utilizar la mermelada como regalo. En las rebajas he conseguido una radio de plástico de *Pisher Price* para Ana que ha costado lo mismo que lo que he recibido para limpiar la casa; o sea, así es como se valúa el precio del arte. La única rama del arte que nunca he entendido es la poesía y por eso tal vez me he casado con un Poeta, pero entonces no podía ni imaginarme que así yo también me convertía en propiedad pública, que, de hecho, iban a interpretar siempre cada dolor, cada sonrisa y cada secreto hasta hacerme una persona extraña de mi misma. ¿Pero quién es esta persona?, me pregunto al leer sobre ella en negro sobre blanco.

Corro detrás de Ana por la nieve alta. “¿Qué bonito!”, exclama riéndose. La nieve es bella, la nieve es blanca; la arena en el desierto, el mar al borde del desierto. ¿Qué diablos me ha traído aquí entre campesinos norteamericanos? Tal vez el afán de algo más elevado, distinto y santo. Falta poco y ya no podré distinguir entre vacas y cerdos. Tengo frío. “Mamá, ¿cuándo es Navidad?”, dice Ana con la nariz resfriada dirigiéndose a la casa. Bebemos té y esperamos un milagro. Suena el teléfono. El Poeta llama desde San Francisco: “Feliz Navidad, queridos míos. Mañana voy con la amante”. ¿Qué diablos tengo yo que ver con Navidad? Cuelgo y Ana grita: “I want my daddy! I want my daddy!” De otra habitación traigo el libro *The Primal Scream* (1970) de Arthur Janov que me ha regalado un amigo para mi cumpleaños. “I want my daddy! I want my mummy!” “Ana, mira, con este libro puedes plegar barquitos y aviones”, digo y le entrego el libro de bobadas psicóticas en las manos. “I want my daddy”, sigue la niña dando voces.

Con amigos de origen judío vamos a la Misa del Gallo en una iglesia católica cercana. Por el camino chirría la nieve bajo nuestras pisadas, así me contaba mi padre que era antes cuando él era joven. El cura predica bajo la bandera norteamericana por Dios, por la nación y por el presidente. Nos miramos y salimos de la iglesia. La justicia reina sobre el mundo. Sobre Vietnam caen bombas; Ana duerme el sueño de una niña feliz y el Poeta es feliz en San Francisco. Me siento en el coche, un Ford de cien dólares, y voy por la ciudad de Iowa, por la nieve y por el cielo diáfano, paso por casas con portales de belén iluminados y renos y trineos y ángeles y estrellas rojas. Miento, no hay estrellas rojas. Iría a casa, a través del océano en barco, si no me diera corte, si no tuviera que confesar que es difícil aquí. Paro delante del supermercado *Happy shopping*. Aún es temprano. Son las tres o las cuatro de la madrugada. Pero no estoy sola. Por los pasillos de la tienda veo a gente que nunca veo de día. Un amigo me contó que viven con las ardillas en los árboles.

Ana en pijama está sentada delante de la ventana. Espera al Poeta y es feliz escuchando la radio de *Fischer Price*. La casa huele a galletas y té y velas. “Feliz Navidad, mi pequeña”.

**

Viaje de Nochebuena

Escucho la radio. En los túneles de los altos Alpes. Los últimos años tenemos para Nochebuena la costumbre de viajar de Berlín a Ljubljana. Cambio de emisora de radio, escuchamos la Nochebuena en todas las formas e idiomas posibles. La carretera está vacía y en las gasolineras la gente nos mira con pena. En una gasolinera, creo que cerca de Leipzig, la dependienta, nos desea Feliz Navidad y nos regala un pequeño árbol de Navidad. A lo mejor le da pena de los niños con una madre tan irresponsable. Pero nosotros pensamos que somos excepcionalmente inteligentes. Somos inteligentes porque así evitamos lágrimas innecesarias, reproches de siempre, regalos de Navidad comprados con prisa, sobre todo por el papel de envolver y el deseo de tener cuantos más bajo el árbol de Navidad para no tener mala consciencia. Con el viaje de Nochevieja evitamos besos y abrazos y búsqueda de mentiras sin sentido.

De todas formas, últimamente me duele demasiadas veces el corazón, sobre todo al conducir o cuando estoy en la cama. Tal vez pienso mucho en la muerte. Conduzco y pienso si los niños tendrían suficientes reflejos si de repente soltara el volante. Detrás del volante muchas veces pienso en todo lo que no he hecho en la vida. Nunca jamás me viene a la mente lo que sí he hecho. Repasando mi vida, es difícil creérmela. Pero es verdad, pues además tengo testigos. Siempre logro hacer borrón y cuenta nueva. Ya tengo mis años y es tiempo de aceptarlo. Me desplazo de país a país, de ciudad a ciudad, y, ¿por si fuera poco!, de casa a casa. Por doquier dejo cajas de mudanza que algún día iré a recoger. Algún día... Esto debe dolerle a los niños

Los niños se revuelcan en la nieve hasta que el más pequeño empieza a llorar de frío. “¿Por que Jesús no se congeló al nacer?” “Imbécil!”, le contesta el mayor. “¿Porque era Cristo!”. En coche vamos al siguiente restaurante de la carretera. Bebemos té y esperamos a que nos traigan un pedazo de tarta de manzana caliente. Si la madre fuera como debería ser, habría preparado en casa un termo con té caliente y habría hecho con amor unos bocadillos.

“Van a perderse la Navidad”, nos avisan en la frontera eslovena y nos indican con amabilidad que podemos seguir adelante. Gracias a Dios, pienso e intento adivinar si el guardia se refería al discurso del arzobispo o algo así por el estilo, cuando nos dijo que íbamos a perdernos la Navidad. ¿El Presidente de la Nación también tiene un discurso navideño? Debo enterarme.

La decoración navideña de Ljubljana es bella y humilde. Ha pasado la medianoche. Aquí y allí hay alguien, solo, paseando con un perro, parejas jóvenes que no tienen prisa en volver a casa. Los semáforos sólo nos enseñan la luz en ámbar. Cada vez que vengo a esta ciudad suelo pasar por la escuela básica y el Instituto donde he sufrido interminablemente. Le enseñé los edificios a los niños y la pequeña me reprocha: “¿Como si no lo supiéramos!”.

Llamamos a la puerta donde vive mi hermana. Ella aún no se ha acostado y nos sirve sopa de pollo. “Siempre era así cuando mamá aún vivía”, dice. “Pero la sopa de la abuela era más rica”, dice mi benjamín. A mi hermana se le llenan los ojos de lágrimas. ¿Debería pegarle una bofetada

al niño?, pienso. Tal vez sí, pero no en Nochebuena. “Esto pasa cuando los hijos crecen sin padre”, me suelta mi hija. La verdad es que no perdemos nada con Navidad.

Me siento en el suelo al lado del árbol de Navidad decorado. ¿Cuántas historias hay en toda esta decoración! ¿Cuántos adornos rotos y comprados de nuevo en todo este tiempo! Pajaritos, campanitas, estrellitas, bolas, piñas, setas. En lugar del belén mi hermana ha puesto conchas.

**

Belén

Todos los secretos. Pepca, nuestra cocinera, me abriga y me advierte de nuevo que no debo decírselo a nadie. “Podría perder mi trabajo, ¿sabes?”, me dice con severidad mientras cierra la puerta de la casa. “Tampoco se lo puedes decir a los niños del patio ni a los maestros en la escuela”, repite. “Pepca, ¿ya sabes que no lo haré!, le confieso. No entiendo por qué no me cree; deseo tanto ver la iglesia por dentro que hasta vendería a mis padres. Bueno, no sé si de verdad lo haría porque hasta la fecha tampoco se me ha presentado la oportunidad. Pero creo que podría hacerlo sin ningún problema.

Hace frío. La bisabuela, es decir, la madre de mi madre, me ha regalado un viejo manguito de piel de conejo para abrigarme las manos. Lo aprieto y corro casi sin aliento detrás de Pepca por la nieve mojada. Soy muy feliz. Siempre pensaba que tenía que esperar hasta ser mayor para poder ver la iglesia. Tengo los zapatos mojados pero pienso que vale la pena.

Por fin. Llegamos a la iglesia que se encuentra en el centro de la ciudad. Está al lado del río que atraviesa la ciudad. “Aquí reina un silencio santo.”, me dice Pepca. Entiendo. En la iglesia hace más frío que fuera. La gente mete los dedos en agua y se moja la frente. Después se arrodilla, primero en el suelo y luego en el banquillo. Unos hasta encienden una vela, otros echan una cabezadita y otros susurran y murmuran sin parar y de forma extraña. También en el techo hay pinturas. Mires adonde mires, te siguen con la mirada. No es posible escaparse. Me fijo en Pepca e intento grabar todo. Me arrodillo, murmuro algo y beso la cruz. También cierro los ojos por un momento pero no me atrevo a hacerlo demasiado tiempo porque luego no sabré qué hay que hacer. Tengo miedo de hacer algo prohibido o de perderme algo. “Ahora vamos a ver lo que hay detrás del altar”, me dice Pepca. A paso lento voy detrás de ella. Tengo frío hasta en las piernas. En la capilla grande, aunque no sé muy bien qué significa, detrás del altar de repente se abre un nuevo mundo delante de mí. ¿Nunca había visto algo tan bello! Estrellas, luna, riachuelo, animales, miles de animales, gente, pastorcillos, reyes, también uno negro, y un establo donde yace una pequeña camita con un bebé cubierto de heno. La madre, vestida de azul, lo contempla, y el padre, con barba, toca con cuidado la espalda de la madre. De hecho, todos están mirando al bebé en la cuna y muchos le han traído regalos. Le aprieto la mano a Pepca y le estoy muy

agradecida. “¿Vamos a volver algún día?”, le pregunto. “A lo mejor el año próximo”, me mira y contempla el reloj. “Vámonos, pues aún hay tiempo para otra visita.” De la iglesia vamos al casco viejo de la ciudad, a la casa del río. Nos abre la puerta la anciana tía de Pepca. Nos conduce al salón y nos ofrece chocolate. “Si no se lo dices a nadie, te enseñó una cosa”, dice. Naturalmente me interesa la nueva oferta y pienso que ahora mismo hasta podría renunciar al chocolate durante todo el año. Abre la puerta del dormitorio y en la mesita de noche hay un bebé de porcelana, cubierto de cristal. “Es Jesús, ¿sabes? Así era cuando nació”. Me siento y me quedo mirando la belleza, hasta que Pepca me dice que es hora de irnos a casa para que mis padres no vuelvan antes que nosotros. Sería una lástima quedarme sin Pepca. Sin ella no iría el próximo año a ver la iglesia.

En casa tengo prisa en meterme en la cama. Quisiera estar sola lo antes posible. Pepca me tapa y en lugar de desearme buenas noches me desea Feliz Navidad. Oigo que mis padres han vuelto a casa. Parece que están de mal humor. Espero que no siga una pelea. Me dirigo al alféizar en camisón. Miro el cielo, contemplo las estrellas pero no reconozco ninguna. “Dios mío”, susurro. “Si por casualidad existes de verdad, perdona por favor a mis padres por no creer en tí. Dicen que no existes. Si existieras no habría tanta crueldad en el mundo. Debes entenderlos. Han luchado por la patria y la gente que ha hecho el belén en la iglesia siempre está en contra de gente como mis padres. Esto me lo han contado en la escuela. Debes entenderlos; es tu tarea de por vida. Así por lo menos Pepca me lo ha asegurado. Si existes y ahora me ves y me escuchas, también tienes que entenderme y ayudarme para que pueda entender. ¿Te prometo que escucharé pero tú también tienes que escucharme!”

No sé cómo explicarle a Dios nuestra relación con la religión en mi familia. Durante la guerra llevaron a mi abuelo a un campo de concentración, mi abuela y los niños se escondieron en los bosques durante casi toda la guerra. Los hijos mayores eran partisanos. También mi madre. Mi padre sufrió heridas y algunas de sus hermanas estuvieron en prisión. “Dios mío, ¿pero si todo esto ya lo sabes!”, añado.

Sigo con la mirada clavada en el cielo y espero alguna señal de su parte. En silencio se abre la puerta. Me doy la vuelta y veo a mi madre y me asusto. “Pero, ¿no estás durmiendo?”, susurra. La miro y empiezo a llorar. “Mamá, mamá, ¿por qué no tenemos un belén?”

Por la mañana me levanto cansada. Tengo miedo de que Pepca haya perdido el trabajo. Anoche le conté el secreto a mi madre. De alguna forma todos se mueven en silencio por la casa. Recogo la mochila del colegio y cierro detrás de mí la puerta de la casa. Hoy no llamaré a ningún amigo. Me apetece estar sola. En la escuela no presto mucha atención, la maestra se enfada porque no me apetece la merienda. Quisiera estar en casa lo antes posible. Pero tengo miedo, tengo tanto miedo de lo que me espera. Llamo a la puerta, de hecho llamo a la puerta de la calle. Pepca se asoma por el balcón y pregunta con asombro: “¿Qué pasa contigo? ¿Por qué has vuelto ya?” “Gracias a Dios!, Pepca no ha perdido el trabajo. Tal vez me haya escuchado Dios.

**

Los padres de mis hijos

La verdad es que este año no tengo grandes deseos para Navidad. A nadie le apetece acercarse al puestecillo donde venden árboles de Navidad. Este invierno hemos encontrado decoración, lo cual no ha sido fácil y, por el esfuerzo, no estaría nada mal que alguien nos regalara un árbol de Navidad.

Es Nochebuena. Ana está barriendo; David está pasando la aspiradora por todos los sitios; Jakob está lavando los platos y yo estoy haciendo galletas. ~Una escena idílica!

Suena el teléfono. ~A lo mejor alguien ya nos trae el árbol de Navidad!

“Hola, ¿qué tal”, suena la voz de uno de los padres de mis hijos. “Ya habéis puesto un bonito árbol de Navidad?”, pregunta. “No tenemos árbol de Navidad.”, le contesto y más o menos muerdo el auricular. “¿Tienes regalos?”, pregunta. “No tenemos ni regalos ni árbol de Navidad, no vamos a esquiar ni al Caribe”, le contesto riéndome. “Ya sabía que eras una madre imposible”. Me apropio de esta frase como si fuera un regalo. No es la primera vez.

De la masa de las galletas corto un sol y una luna y estrellas y una cometa. Hace calor en la cocina pero por eso también huele mejor. Pienso: ¿Y si me lavara la cabeza y saliera a buscar un árbol de Navidad?

De nuevo el teléfono.

“Hola, ¿cómo estáis? Suena al otro lado de la línea otro padre. “¿Vais a salir? ¿Le has comprado algo bonito a los niños? ¿Tenéis un árbol grande?” El corazón me rebota en los labios: “Querido mío, no tenemos árbol; no tenemos regalos; no vamos a salir y no sé si mañana los niños se van a lavar los dientes. Mañana no hay colegio y yo quisiera dormir, dormir y dormir. En la última mudanza perdimos los esquís. ~Pero tenemos velas a punta pala!”

“~Pobres niños!”, dice suspirando y cuelga.

Contemplo las galletas y escucho el ruido de la aspiradora y el quedo canturreo de Jakob lavando los platos.

Hago té y me pongo a hacer crepes. En la habitación me fijo en una vieja higuera trópic. Busco la decoración navideña y la envuelvo alrededor de las hojas de la higuera. Voy cogiendo adornos uno tras otro hasta decorarla del todo. De hecho se parece a un árbol de Navidad. Me quedo mirando la vieja higuera que siempre se muda con nosotros de un sitio a otro. A veces hasta juega con nosotros cuando tiene las hojas secas o cuando tiene frío. De nuevo le florecen las hojas. En realidad sí tenemos un árbol de Navidad. ~También este año lo hemos conseguido! David apaga la aspiradora. Ana enciende las velas y Jakob dice que este año el árbol tiene el tamaño que debe tener un árbol de Navidad. ~Es más grande que el año pasado!

Nos sentamos a la luz de las velas, cada uno a su aire, con su libro y con sus tareas. Ana está leyendo *Belleza natural*; David con *Siddharta*; Jakob, el *Oso Puh* y yo estoy escribiendo una carta a los padres:

“Queridos, ¿por qué no nos enviáis como regalo un poco de pasta dental? Yo me ocuparé de que tengan la ropa interior doblada.”

**

Entre granadas y francotiradores

Salto una zanja y luego salto otra. Todo está oscuro pero no puedo encender la linterna. Tampoco cigarrillos. Así dicen en esta desdichada ciudad. En cuanto la gente en los montes alrededor de la ciudad ve un foco de luz empieza a disparar. Y directamente apuntan a las personas. No hay horas de queda y la gente va por las calles de la ciudad cercada porque es Navidad. Navidad católica. Los que están en los montes disfrutan aún más de lo habitual disparando y tirando granadas. ¿Qué pasará cuando sea Navidad ortodoxa. Espero que para Ramadán haya salido de esta desdicha.

La verdad es que no sé por qué sigo viniendo a esta ciudad. Vengo a una ciudad donde tengo frío, donde tengo hambre, donde hay disparos y donde uno puede perder la vida tras cada esquina. En una ciudad donde tengo tanta adrenalina que no le tengo miedo a nada.

Aunque es Navidad, caen granadas y los francotiradores tienen tanto trabajo que uno hasta se olvida de la guerra y piensa que es Silvestre en alguna parte pacífica del país. Corro por la ciudad y pienso en los niños y en mi hermana. Son las únicas personas que quiero de verdad. También pienso en Renata. También pienso en mi hermano, bueno, a él siempre lo quiero. El teléfono satélite ya no funciona y no puedo llamar a los niños. Pero ellos saben que estoy bien. ¿Les atrearé a ellos este circo?

Me escondo detrás de una valla. Un amigo que mantiene que el hombre nunca se acostumbra a la guerra, me mira a los ojos y me pregunta: “¿Por qué has venido a esta ciudad? ¿Qué relación tienes con esta ciudad?” Le miro a los ojos y me entra miedo. Tengo miedo de su desesperación. Él me cae muy bien: “Espero que vengan rápido con el jeep. Nos han prometido que nos iban a recoger”. “Siempre tarda”, digo. Realmente tengo miedo de que algo le haya pasado. También lo quiero a él. De hecho quiero a toda la gente de esta ciudad. Sólo con ellos puedo compartir el miedo vertiginoso. Cuando me voy de la ciudad, siempre temo que le pase algo a alguien. Y al volver, jugamos a la vida normal y vamos a tomar café como si fuera posible tomar café aquí, como si durante siglos reinara la paz y la bendición y como si este fuera el único lugar del mundo donde se puede dormir en paz. Y sonrío. No el dolor, sino la alegría reina sobre la ciudad.

Desde mi escondite puedo ver un basurero. La ciudad entera es un basurero. Los gatos y los perros andurrean por los escombros de basura; de día lo hace la gente. Los gatos y los perros no se pelean; la gente se reparte el botín de basura. Organizaciones humanitarias reparten conservas con comida de gato o de perro, aún no lo he descubierto, ¿o es la ración semanal para una familia? Sea como sea, hoy es Navidad, navidad en una ciudad sin árbol de Navidad, ni siquiera hay árboles pues todo se lo ha llevado el fuego que hubo durante tres días en una ciudad que por lo visto también ha sido abandonada por Dios. Sólo el fuego eterno sigue fiel los pasos de la ciudad.

Esta ciudad infeliz. ¿Acaso antes fue feliz como afirman los habitantes? Toda la felicidad ha estallado como un volcán y ha cambiado la ciudad en un valle de lágrimas y sangre, mentiras y lugares olvidados y silenciosos.

Pero los habitantes son simpáticos a pesar de todo. Sobre todo los hombres. En medio de los disparos y el temor, ellos te ofrecen una silla o te ayudan a ponerte el abrigo o te dan cigarrillos. Con miedo en los ojos te aseguran que no hay que tener miedo y acto seguido salen corriendo al refugio antiaéreo. Se toman su tiempo para decirte dónde puedes esconderte. Para ellos es difícil esperar a que vuelva a la ciudad y les lleve cigarrillos, café y vodka. Dinero tampoco está mal si tienes problemas.

Pienso cómo podría darles más color. Les llevo romero, mar y conchas, y en mayo, cerezas frescas y cebolla, a veces hasta ajo, aspirina, cerillas, lápices y calcetines calientes. En invierno me gustaría llevarles calzoncillos largos, pero sé que entonces sufriría tanto su masculinidad que podrían matarme a puñaladas. En sus ojos hambrientos paso de una puta a una virgen y al revés; o sea cada vez prometo no poner mi vida en riesgo y no ver más a estos valientes guerreros de Nepal, Taiwán y Colombia, y no preocuparme más por pilotos canadienses y dejar de tener miedo de soldados serbios o del hambre y el frío o el miedo por mis propios hijos en Berlín. Los habitantes de la ciudad me adoptan. Los habitantes de la ciudad piensan que por una o por otra cosa uno no sabe ni contar hasta tres, los habitantes de la ciudad piensan que tengo que vivir sus vidas. Los habitantes de la ciudad son crueles con la gente que no les ha olvidado y envían sin parar invitaciones calurosas a gente que ni siquiera quiere saber del infierno en el que se encuentra. Los habitantes de la ciudad saben de buena tinta que ellos te han hecho ver la sabiduría de la vida. Los habitantes de la ciudad son conscientes que te mata su pena y la ciudad destrozada y que no te vas a llevar nada feo de su mundo. Los habitantes de la ciudad saben que alzarás la voz -para que todo el mundo lo sepa- en nombre del valor, de la sólida persistencia y el espíritu iluminador. Los habitantes de la ciudad saben que nunca jamás escribirás algo oscuro sobre ellos. Los habitantes de la ciudad no saben que te han tendido una trampa. Los habitantes de la ciudad no saben que te preguntas cómo han podido emborracharse hasta el último momento con los asesinos. Los habitantes de la ciudad no saben que siempre estás cavilando por qué, ¿en nombre de Dios!, ha pasado todo esto en tiempo de paz. Los habitantes de la ciudad no saben que al refugiarte ante los disparos en la mezquita, enseguida te cuentan qué es el siguiente paso al volver a la ciudad y qué hay que traer de Berlín. Y los habitantes de la ciudad

no saben que en los aviones militares, al salir de la ciudad, sólo ves sus rostros delgados y ojos grandes y oscuros y sabes que vas a volver a la ciudad.

Sigo esperando el jeep. Tengo frío y debería ir al servicio. Hace no sé cuánto tiempo que sentí hambre. “¿Por qué siempre vuelves?”, me pregunta de nuevo mi amigo. Cierro los ojos y pienso en mi padre y en mi madre. Llevo tanta carga con la historia de mis padres y el pasado de mi país. Me carga la visión inocente de mis padres según la cual la vida sólo podía ir a mejor. Veo a mi padre llorando por haber recibido una condecoración del camarada Tito, y los soldados soltando disparos de honor en su entierro; cuando íbamos en coche, veo a mi madre cantándole canciones de guerra a mis hijos. Recuerdo una vez -en el patio- que quisimos jugar a partisanos y alemanes, pero nunca llegamos a jugar; siempre nos faltaba un crío que quisiera jugar en el bando de los alemanes. Recuerdo la gente en todo el país llorando la muerte del mariscal Tito. Recuerdo los héroes nacionales que iban a paso enfermo y viejo detrás del féretro. Fue su último asalto. ¿Por todo esto he venido a esta ciudad maldita? ¿He hecho este viaje para borrar los recuerdos en blanco y negro?

Entre los disparos se oye el motor de un coche. Ante el refugio se detiene un jeep blanco sin cristales. Nos subimos en el coche. “De nuevo me han abollado el coche”, dice el chófer. Es como en una película, pienso. Vamos por la ciudad. Cada vez hay más disparos. “Estos son vuestros católicos”, dice el amigo. “Son las felicitaciones para vuestra fiesta; nosotros somos musulmanes. ¿Era una broma!”

Estoy en la cama y tengo frío. En lugar de cristales hay un trozo de plástico con las letras UNHCR en la ventana. Intento escribir pero tengo hambre y además estoy de mal humor. Veo el asqueroso aeropuerto militar norteamericano de Frankfurt, lleno de máquinas que en este momento me parecen más bellas que el propio cielo. Sueño con salchichas en estaciones de Frankfurt y servicios donde pueda tirar de la cisterna y después lavarme las manos con jabón y agua caliente. Sueño con cocinas berlinesas y cafés matutinos con tabaco. Podría quedarme en pijama soñando sin tener frío.

Para mañana hay pronóstico de nieve. Dicen que habrá aún más tiroteos y los aviones no despegarán ni aterrizarán y los soldados de la ONU tendrán hambre.

Navidad. Nochebuena. Noche de paz. Todo por los malditos infieles. ¿Acaso yo también soy uno de ellos? ¿Pero si me paso toda la vida rezando y pidiendo!

**

Si por lo menos tuviera un chubasquero negro

Es Navidad y yo deseo que fuera primavera. En primavera llevamos vaqueros rasgados y camisetas de la India, vamos descalzos y somos rebeldes. Hace tiempo que enterramos a Marx y Lenin. En invierno es más difícil jugar a los rebeldes descalzos. Por eso me he comprado en Trieste un abrigo largo con capucha. Es marrón oscuro y me llega casi hasta los tobillos. Pero da igual. Ojalá tuviera también dinero para un chubasquero negro, pienso, entonces estaría muy guapa. Creo que más de uno se enamoraría de mí. Debo callarme porque si no la gente va a pensar que soy excepcionalmente inteligente. Por lo general todos nos esforzamos en parecer una generación increíblemente inteligente, a toda costa más inteligente que la anterior y naturalmente más que la generación partisana. Todos llevamos bajo el brazo algún libro en francés, de los estructuralistas y demás cosas. Nadie, pero absolutamente nadie admite que no lo entiende. Yo ni me atrevo a decírselo a mi hermana menor.

Bueno, es Navidad y yo no tengo un chubasquero negro. De noche, el abrigo marrón casi parece negro y de hecho me recuerda un poco a un hábito franciscano. He quedado con un amigo delante de la oficina de correos. Es el único en nuestro querido país que lleva el pelo largo y por eso muchas veces no se atreve a salir a la calle. Mis conciudadanos siempre lo envían a la jungla, a la peluquería y a reunirse con homosexuales y feministas. Cuando lo único que quiere es salir a pasear; me llama: “Si vamos juntos es más fácil.” Y por la ropa que llevo, según la opinión de los habitantes de nuestra capital, yo tendría que quedar con monjas en invierno y con gitanos en verano.

Ni él ni yo le hemos contado a los vecinos de esta ciudad adónde vamos. Es una pena que haga tanto frío, pues se estaría mejor en casa viendo la televisión. Por mí, con toda la familia. Los últimos años, Pepca se dedica a hacer el bizcocho de *potica* para Navidad. Té y *potica* y televisión. ¿Y yo quedo con un amigo!

A paso rápido vamos por la nieve de las callejuelas del casco viejo pertenecientes creo a finales del siglo. Llamamos a una puerta de donde sale ruido. Una mujer llorando nos abre la puerta, es nuestra amiga de algún que otro país del Este. Su marido es comunista y siempre sucede la misma catástrofe cada año en Nochebuena. El marido empieza a dar gritos en el hueco de la escalera: “¿Alguien te va a ver y luego van a hablar de ti por toda la ciudad! ¿Tienes que salir?” La mujer cierra la puerta y dice: “Pienso que voy a mudarme.” “Pero si mañana todo será distinto”, le consolamos y al mismo tiempo pensamos que el matrimonio es una institución horrible. ¿Cómo puede ser la gente tan tonta!

Apenas hay gente por las calles de una ciudad más oscura que iluminada. Nos acercamos a la plaza en el centro de la ciudad donde una vez la construyeron para el emperador Franz Jozef. No recuerdo si el emperador en persona vino a verla. Lo que sí recuerdo es que este hecho teníamos que aprenderlo en el colegio, pero no me acuerdo muy bien cómo termina la historia.

¿Da igual! En la ciudad hay un gran parque que parece una estrella. A una parte el edificio de la filarmónica y, a otra parte, una gran iglesia.

En la iglesia hay mucha gente. Uno no sabe de dónde ha venido de repente si la ciudad estaba hace un momento prácticamente vacía. Hay música de órgano y cantos. Contemplo la gente. Hay de todo: gente joven, mayor y niños. De hecho hay mucha gente que conozco, o bien de la universidad o bien de la televisión. Me acuerdo del marido de mi amiga de Europa del Este. Por el número de gente apretujada en la misa, más de una familia habrá tenido una bronca.

Veo a mi amigo que tiene los ojos cerrados y está atento al cura y veo a mi amiga que se ha persignado y se ha arrodillado. Veo sus ojos oscuros y profundos. Siento su paz y tengo envidia. Siento envidia por su profunda devoción y su capacidad de poder confiarle su carga a Dios.

Por la alta nieve volvemos a la villa. “¿Tomamos té?”, pregunta en voz baja. Negamos con la cabeza y nos despedimos con un gesto de manos. En el jardín esperamos a que se encienda la luz de la habitación. Esta noche dormiré bien, pienso.

El amigo me acompaña a casa y al llegar me dice en voz baja: “Buenas noches”. Subo en silencio las escaleras hasta mi habitación para no hacer ruido. Me paro delante de la ventana y veo la nieve. Navidad no significa nada para mí. ¿Por qué no puedo simplemente dejar mi carga en la iglesia? Sé que alguien está viéndome en este momento. ¿Sólo que no sé qué Dios es! ¿Por qué he nacido en un país sin dioses? La música del órgano es muy bonita.

Estoy deseando que venga la primavera y el sol para poder ponerme otra vez la camiseta de colores, andar desnuda por la hierba y esperar a que me clasifiquen de nuevo entre los gitanos. Olvido con tanta facilidad que no tengo Dios. A lo mejor me pongo un rato a ver la televisión. Tal vez salga *Peyton Place* o *Lo que el viento se llevó*.

**